

Capítulo 10 - La Tierra de Caminos Rotos

- Capítulo 10 - La Tierra de Caminos Rotos

Capítulo 10 - La Tierra de Caminos Rotos

La narración de Maxima sobre la destrucción de la ciudad había presentado vastas llamaradas de fuego, aunque la mayor parte de las muertes había sido mucho más directa, pero esos incendios no alcanzaron los vestigios del palacio. El único daño estructural aquí fue que la parte frontal fue arrancada, y luego, los estragos del tiempo.

Cada alma viviente había sido desgarrada y pintada en las paredes, incluso dentro de habitaciones cuyos puertos permanecían cerrados. Esas víctimas que quedaron más allá del alcance del sol y del clima todavía estaban allí, encorvadas. Algunas no eran más que huesos colapsados, pero otras estaban momificadas, con sus órganos secos extendidos por toda la habitación. Las manchas en las paredes aún eran visibles, y no decayendo más rápido que el resto.

Aparte de los cadáveres, quedaba una sorprendente cantidad de adornos, aunque gusanos y polillas habían dejado muchas de estas cosas irremediabilmente dañadas. Los elegantes armarios estaban frágiles y envejecidos, convirtiéndose en polvo de serrín y presentando túneles por donde los insectos comían la madera. A menudo contenían solo polvo y tiras de tela en lugar de prendas finas. Las alfombras estaban incompletas, con grandes trozos de sus hilos desgarrados y se deshacían bajo los pies. Los tapices se caían, con sus historias perdidas para siempre.

Pero suficiente permanecía para llenar las cabezas de los niños con asombro por cómo debió haber sido. Biandina y Antelmu no habían visto al duque ni su hogar, y su estilo de vida tradicional no tenía espacio para acomodar algo como lo que encontraron. La cantidad misma de madera era suficiente para dejarlos maravillados. Chirrían de asombro y gritaban para que los demás vinieran a ver casi cada habitación que entraban, y pronto, los dos iban casi de la mano.

Dirt compartía su vista con Socks, quien yacía afuera olfateando la brisa mientras compartían la experiencia de explorar. El cuerpo y los dedos de Dirt eran los mejores para esta tarea, y Maxima todavía estaba interesada en cómo lo hacían. Por su parte, ella se sentaba allí y observaba la mente de Socks intentando entender cómo lo lograban.

Las partes más interesantes eran el arte, que estaba por todas partes. Molduras decorativas a lo largo de las paredes, fina carpintería que soportaba cada barandilla, patrones florales y figuras humanas en cada pilar. Pinturas cuyas colores cobraban vida cuando Dirt sacudía el polvo, viejos dibujos en papel quebradizo, los restos de tapices que mostraban personas con ropa que Dirt nunca había visto. Dirt encontró un gran libro con una encuadernación de cuero y lo abrió, pero se partió por la mitad; entonces lo cerró y lo dejó allí.

Una mesa sostenía figuras de piedra tallada en diferentes formas, sobre un tablero de madera lacada de colores, que Dirt sospechaba que era un juego, pero no podía ni imaginar las reglas.

Antelmu y Biandina encontraron toda clase de cosas inútiles que querían conservar. Figuras de madera tallada, joyas de oro, trozos de tela tan suaves y delicados que Dirt se preguntó si era la seda de la que Hèctor había hablado. Rellenaron sus mochilas al máximo, incluso tirando otras cosas que consideraban de menor valor.

Los niños apoyaron sus mochilas junto a Socks, quien levantó la cabeza y preguntó: -¿Ya están listos para irse? ¿No quieren seguir buscando?-

Resultó que sí querían continuar explorando, si tenían la opción, y volvieron a entrar para recorrer todo con mayor calma. Pasaron el día entero allí, explorando incluso mientras Dirt y Socks dormían la siesta. Cada habitación, incluso esas mazmorras oscuras a las que tenían que llamar a Dirt para que mirara adentro. Habían estado llenas de vino en estantes de madera, algunos de los cuales se habían desplomado, lanzando cristales oscuros y gruesos por todos lados. Antelmu quería probar uno, pero Dirt dijo que sabía qué era y que era repugnante, así que no lo hizo.

Las escaleras se agotaron cerca de la cima de una torre, y Biandina cayó a través de ellas y pudo haber caído desde una gran altura, pero Maxima la atrapó y la colocó con seguridad, aunque una docena de paredes rocosas entre ellas bloqueaban la visión de la gran loba. Eso era algo que Socks no podía hacer, a menos que hubiese aprendido en los últimos días.

Lo que Dirt observaba principalmente eran los lugares donde estaban los mejores lechos, los más limpios y habitables, de los cuales aún quedaban unos pocos. No eran tan suaves como los en la torre de Llovella, que eran muchos siglos más nuevos, pero, a pesar de su antigüedad, no estaban tan mal.

Después de que el sol se ocultó, Maxima dijo: —Pasaremos un tiempo juntos. Recolecta leña para hacer una fogata.—

Dirt no era tan delicado como los otros niños, pero encontraron suficiente mobiliario destruido para partir en pedazos, cada uno llevó lo que pudo cargar y lo dejó en la piedra del piso inferior, donde los lobos esperaban.

—Quiero verte encenderla—, ordenó Maxima, y Antelmu obedeció.

Comenzó sacudiendo el polvo de sierra y frotando las partes deterioradas para conseguir fragmentos pequeños de madera, luego los agrupó en una pila. Cuando estuvo satisfecho con ellos, con torpeza utilizó el filo afilado del asta de la Sceptrum Flammae para afilar algunos trozos en pedazos más finos. Una vez que tuvo suficientes, dispuso algunos troncos más grandes preparados.

Antelmu tomó un pequeño cuchillo de hierro y una roca de su mochila, y los frotó entre sí para crear una lluvia de chispas. Estas cayeron justo sobre la pila de polvo, que comenzó a humear de inmediato. El niño se inclinó y sopló para avivar las llamas nacientes, y comenzó a añadir trozos de madera cada vez mayores hasta lograr una llama adecuada. Después, apiló los troncos más

grandes formando una resistente cerca cuadrada alrededor del fuego y se reclinó con una sonrisa de orgullo. “Un solo golpe”, dijo. “Fuego de un solo golpe”.

—Es algo sucio quemar tanto—, dijo Biandina. —Creo que será uno de los mayores fuegos que haya visto.

Y pronto fue, al menos para ellos. A Dirt no le impresionaba mucho, y tampoco a los lobos. Pero era brillante, cálido y acogedor, y Socks y Maxima se acurrucaron juntos con los hocicos hacia adentro para mantenerse calientitos. Las llamas danzantes adquirieron formas fantásticas en los reflejos de sus ojos amarillos.

—Cuéntame una historia humana. Una de ustedes. Nunca he escuchado ninguna y Socks habla muy bien de ellas—, ordenó Maxima. —No puedo imaginar de qué podrían hablar criaturas como ustedes—.

—¡Eso puedo hacerlo!—, exclamó Antelmu, antes de pensarlo mejor. Miró hacia Maxima y perdió visiblemente el valor. Pero Biandina cruzó y le dio una palmada en el hombro, aunque él estaba sentado del lado sin brazos, y le pellizcó por la buena. Él sonrió nervioso y apartó su mano.

—Está bien, una vez hubo, eh—, empezó Antelmu. Hizo una pausa.

—¿Aún no has pensado en una?—, le dijo Biandina.

—¡Sí! La tengo—, afirmó.

—¿Qué tal Orsu y el Caníbal?—

—Eso...—, dijo Antelmu. —Supongo que es mejor que la que había pensado antes—.

—¿Cuál era?—, preguntó Biandina—. ¿Teramu y las Nueve Vírgenes?—

—No, era... Vitu—, susurró el nombre.

—Oh—, dijo Biandina, bajando también la voz. Miró nerviosa a Maxima y dijo: —Sí, cuenten la de Orsu—.

Eso hizo que Dirt sintiera una enorme curiosidad por la historia de Vitu, o incluso por la de Teramu, pero esas tendrían que esperar. Antelmu empezó de inmediato.

"Hace mucho tiempo, cuando todos vivían en sus propios edificios y tenían sus propios campos, y todos morían en el mismo lugar donde habían nacido, existía un hombre llamado Orsu. O, quiero decir, nació así. Cuando fue nacido, las parteras le colocaron en el pecho de su madre para alimentarlo, después de limpiarlo, supongo. Estaba saludable, pero ellas, bueno, no importa. Pero cuando lo pusieron en el pecho de su madre para alimentarlo, él bebió toda su leche y empezó a llorar por más, aunque tenía que esperar, así que ella lo bajó—lo puso en el suelo, quiero decir", dijo Antelmu. Tragó con dificultad, cada vez más nervioso.

- No me desagrades con una narración pobre, niño — dijo Maxima, llenando el aire frío con un filo de amenaza.
- No le hagas burla. Él no puede decirlo. Ella te está provocando, Antelmu — dijo Socks.

Dirt sonrió levemente, sin estar muy seguro de cómo reaccionar ante eso, pero envió un pequeño soplo de valor hacia Antelmu, lo suficientemente sutil para que él pensara que provenía de sí mismo.

Maxima dijo: — Si le dices que estoy bromeando, eso arruina la diversión. Tú estás a salvo aquí, niño. Continúa. —

— Es fácil de hacerle bromas. Solo tiene esa cara, ¿sabes? — dijo Biandina.

— Cállate, Biandina — respondió Antelmu, dejando escapar una pequeña sonrisa. — Todo lo que tengo que hacer para molestarte es aplaudir.

— Puedo aplaudir, solo necesito tu ayuda. Levanta la mano. Hazlo. Levántala — replicó ella, actuando con sinceridad. Antelmu puso los ojos en blanco y levantó la mano, girándose hacia ella para facilitar.

Ella le dio una palmada en la cabeza y dijo: — Aplaude.

Maxima giró las orejas hacia los niños y olfateó sutilmente. No estaba dispuesta a admitirlo, pero claramente le divertía.

— No debería haber caído en eso — dijo Antelmu. — Bueno, pues, de todas formas, la madre de Orsu lo dejó en el suelo y se quedó dormida, porque estaba cansada por el parto y por alimentarlo. Pero cuando despertó, las parteras ya se habían ido y su esposo dormía a su lado, y el bebé había desaparecido.

— Se levantó y salió tambaleándose de su tienda, eh... — Los ojos de Antelmu se abrieron de par en par y miró nuevamente hacia el palacio en ruinas.

— ¿Qué? — preguntó Biandina.

— Me acabo de dar cuenta de que cuando las historias antiguas dicen que todos vivían en su propio edificio, no era como una tienda, ¿verdad? Siempre pensé que era quizás una tienda más grande que nunca se movía, pero eso estaba mal, ¿no? Un edificio, no una tienda. ¡Y la gente tenía todas esas cosas! Nunca imaginé que todo fuera tan diferente.

— Está bien. De todos modos. Entonces, la madre salió en busca de su bebé, y se salió tambaleando de su, eh, su edificio, y no pudo encontrarlo por ningún lado. Preguntó a una mujer que lavaba ropa, y ella le dijo: "Vi a un bebé fuerte arrastrándose por aquí no hace mucho tiempo. Fue para allá", y la madre siguió ese camino.

— Luego encontró a un hombre cortando leña en un montón grande, pues había suficiente, y eso seguramente era verdad, ¿no? Perdón. La madre le preguntó, y él dijo: "Vi a un pequeño correr por

aquí hace un momento. Estaba comiéndose una empanada de carne".

Antelmu se animó más y se sintió más cómodo mientras contaba la historia. Gesticuló con las manos y usó un tono amplio y colorido. "Bueno, en este punto, la madre estaba demasiado adolorida y cansada por el parto, y apenas estaba vestida o algo así, así que volvió a despertarse su esposo. Le contó lo que había ocurrido, y él tomó una hogaza de pan y salió corriendo tras su hijo."

Por dondequiera que fuera, la gente había visto a un pequeño niño correr rápidamente. Y ahora que lo pienso, probablemente estuviera tan desnudo como la tierra, ¿verdad? Primero vieron a un niño de cuatro años, luego a uno de siete que había perdido la mitad de sus dientes, después a un de diez con buena musculatura y cabello largo. Y en cada ocasión, el padre lo seguía de cerca.

Finalmente, vio a un hombre fuerte arrodillado junto a un río para beber. El hombre se levantó y tenía un pez atrapado con los dientes. Dio un mordisco, lo tragó, y dijo: "¿Puedo ayudarte?"

Antelmu pasó de estar sentado a arrodillarse para poder gesticular mejor. Dijo se preguntaba si él sabía que lo había hecho.

"El padre supo quién era de inmediato. 'Hijo mío', dijo, 'te he buscado por todas partes. ¿Dónde has estado? Ven a casa y descansa con tu madre.'

'Estoy corto de tiempo, Padre, pero no desobedeceré. Solo no me retengas mucho. ¿Puedo comer ese pan?' Y el padre le entregó el pan, y conversaron mientras regresaban caminando. Era un camino largo, y durante todo ese tiempo, el hijo seguía tomando cosas para comer. Robaba carne, frutas y cualquier otra cosa que pudiera conseguir, pero el padre no decía nada.

Iba creciendo, fortaleciéndose y cubriéndose de pelo, y cuando llegaron a casa, la madre los recibió en la puerta y dijo: '¿Quién es ese hombre con aspecto de oso, y dónde está mi hijo?' Por eso, lo llamaron Orsu. Estuvo con ellos esa noche, durmió en el suelo en una habitación que le prepararon. Sin embargo, tuvo que dormir en el suelo porque solo tenían una cuna pequeña. Pero tenía mantas.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, Orsu dormía junto a una hermosa mujer, y la reconocieron como alguien del pueblo cercano que buscaba marido. 'La tomé como mi esposa, y ella lleva mi hijo', dijo Orsu. Besó a su esposa, se levantó, y ella sonrió y volvió a dormir.

Era musculoso y fuerte, pero su cabello comenzaba a encanecer un poco, y sus padres sabían que su tiempo era limitado. 'Viviré una vida plena antes de partir, y hay una cosa que aún queda por hacer. Pero primero, ¿qué hay para desayunar?' dijo Antelmu, con los ojos brillantes al imaginar la escena en su mente.

El niño sabía que tenía toda la atención, así que hizo una pausa dramática, luego sacó un trozo de cecina de su mochila y dio un mordisco. Biandina le lanzó una mirada de reproche, y entre bocado y bocado dijo: "¿Qué? Solo estoy demostrando esa parte de la historia."

"Esa broma solo es graciosa una vez," dijo ella.

“Sí, pero ellos no la han visto.”

“En realidad, es graciosa cero veces.”

Dirt no estaba muy claro en qué consistía la broma, y Socks tampoco, pero el humor de Antelmu era contagioso sin importar nada. Incluso la exasperación de Biandina parecía más una actuación que una molestia sincera.

“Bien. Estoy listo,” dijo Antelmu. Pareció que iba a volver a empezar a hablar, pero rápidamente mordió otro pedazo. Biandina le dio un golpe y Dirt resopló. Ella estaba equivocada—era más divertido la segunda vez.

Finalmente, terminó, aclarándose la garganta con dramatismo. “Después de que Orsu comió todo en la casa, excepto dos huevos que dejó para su esposa, tomó la lanza de su padre y salió afuera. En ese mismo momento, todos escucharon gritos desde el borde del pueblo.

‘Un devorador de hombres llegó. ¿Sabes qué es eso, Dirt?’ dijo Antelmu.

"Supongo, por el nombre, creo," dijo Dirt.

"No, no puedes," replicó Antelmu. "Es una criatura del tamaño de un caballo, con rostro humano y tres filas de dientes. Tiene patas como las de un león y un pelaje tan rojo como cinnabaris."

Dirt preguntó, "¿Qué es cinnabaris? Ah, espera, ¿es lo mismo que cinabrio? Seguro que sí."

"¿Qué... es el cinabrio?" preguntó Antelmu.

"Solo conozco la palabra. ¿Qué es el cinabrio?" dijo Dirt.

Biandina explicó, "Es un mineral rojo que usamos para teñir."

"¿Es venenoso?"

"Sí, ¿ya sabes qué es?"

"Realmente no. Continúa con la historia," dijo Dirt.

"De acuerdo. Todas sus partes serían bastante peligrosas por sí mismas, pero el hombre-come también tenía una cola como la de un escorpión y espinas en la parte superior que eran veneno mortal. Podía mover su cola y lanzar las espinas más rápido que una flecha. Lo llamaban hombre-come porque su presa favorita eran los humanos, y nadie había logrado matarlo."

"Orsu le atacó con más fuerza que nadie había visto jamás. Le lanzó aside a la bestia y resistió sus garras, manteniendo abierto su mandíbula para evitar ser mordido. Rechazaba su cola con su lanza y esquivaba todas sus espinas. Lucharon durante todo el día, pero hora tras hora, Orsu envejecía cada vez más."

"Finalmente, cuando la noche empezaba a caer, el hombre-come lo alcanzó. Lanzó su última espina y sus viejos ojos no la vieron a tiempo. La espina le atravesó el cuello y supo que iba a morir. Entonces, con su última fuerza, saltó sobre la bestia y la mordió con toda su fuerza, escupiendo su propio veneno de vuelta en la herida. Murieron juntos."

"Lo enterraron en posición vertical, montado sobre el hombre-come como sobre un caballo, sosteniendo la lanza en señal de victoria, y le colocaron una pila de piedras en la cima para que nadie olvidara dónde estaba. Yo estuve allí una vez para verlo."

"Fue la última vez que alguien vio a un hombre-come, y algunos dicen que solo hubo uno, igual que solo existió un Orsu. Pero su esposa tuvo gemelos, y cada uno de ellos tuvo diez hijos, y cada uno de esos hijos tuvo también diez, hasta que todos los habitantes de las llanuras, desde las montañas hasta el bosque, tenían un poco de su sangre en sus venas. Fin."

Antelmu se recostó, observando cuidadosamente la reacción. Dirt dijo, "Nunca había oído algo así. ¿Es verdad? ¿Realmente pasó?"

"No lo sé. Probablemente," respondió Antelmu. "Creo que sí. He estado en su tumba."

"Estoy familiarizada con criaturas como esa," intervino Maxima. "Hay una similar en mi territorio," añadió. "Realmente, deambulaban por las llanuras y bosques hace muchos años."

El ánimo pasó de cálido y amistoso a nervioso en cuestión de pocos momentos, mientras Socks y los demás reimaginaban al monstruo como algo real y presente, no solo palabras en un cuento.

"¿Es algo medio muerto?" preguntó Socks.

"Es una abominación, como tú estás pensando, pequeño Socks, pero esas criaturas tienen su utilidad en ocasiones raras. No representa una amenaza para lo que valoro," explicó Maxima.

"No me gustan," dijo Socks, con su voz mental oscurecida.

"Entonces, te permitiré matarla. Iremos mañana, y los humanos intentarán primero. Si fallan, tú podrás ayudar," concluyó Maxima.

Antelmu y Biandina permanecieron inmóviles, y hasta Dirt sintió cómo una pequeña y dura bola de temor se anudaba en su pecho.

Maxima levantó la cabeza y miró fijamente a los hermanos para decir: —¿Qué mejor forma de recibir sus nuevas garras que lavándolas en la sangre de algo que odian? ¿O son solo adornos?—

—No son adornos— susurró Antelmu, intentando y fracasando en hablar en voz alta. Apreté su lanzas, pero sus dedos no tenían fuerza.

—Dirt y yo podemos luchar, pero no quiero perder a los otros dos humanos— dijo Socks.

—Mañana abandonarás mi territorio de todas formas. Ellos decidirán cómo serán recordados. Si quieren demostrar que los humanos tienen algún valor después de todo, lucharán. Es una criatura sencilla— afirmó Maxima.

Biandina miró para atrapar la mirada de su hermano. Sus ojos eran resueltos, llenos de coraje, y eso casi lo sorprendió. Ella asintió, y él hizo lo mismo. Mantuvieron la mirada un momento más. Se dieron la vuelta, habiendo transmitido lo que necesitaban decir, y dijeron: —Lucharemos—.